



Pascal Bruckner, *Un instante eterno (Filosofía de la longevidad)*; Trad. Jenaro Talens. Madrid: Siruela, 2021, 201 págs.

Este nuevo ensayo de Pascal Bruckner (París, 1948) elabora reflexiones iniciadas por su autor en libros anteriores como *La tentación de la inocencia* (1995), *Enfuria perpetua* (2000) o *La paradoja del amor* (2009). En sus escritos, ahora y aquí en cuidadosa y atenta traducción de Jenaro Talens, Bruckner pone el foco en aquellas zonas más pantanosas y también magnéticas de la vida cotidiana, esto es, el amor, la muerte, la edad, el hecho inmediato y a la vez meditativo, contemplativo, de vivir. En realidad, los hechos (supuestamente ya dados o cerrados) del día

a día son transfigurados por Bruckner en un magma de potencialidades que se abren y reabren incitando a la subjetividad a concebirse de una nueva forma tan resistente como creativa.

Ya desde las primeras líneas de la «Introducción» *Un instante eterno* sitúa el núcleo de su reflexión en torno a cómo «ser joven» ha cambiado su significado social a lo largo del siglo XX y principios del XXI para poner en valor desesperadamente una especie de experiencia de vida eterna y absoluta. La contraparte o *dark side* de esta entronización de la juventud por parte de la opinión pública y la cultura general es, para Bruckner, un desprecio implícito por todo aquello que no se ajusta al paradigma juvenil. La juventud se habría así convertido en «la reserva de todas las promesas» (p. 17) mientras que el sentido de la vida, justamente a causa de esta clave absolutista, tendería cada vez más claramente en funcionar como «el vértigo de la regresión autorizada» (p. 16). Este dispositivo ideológico, oscilante entre lo consciente, lo pre- y lo in-consciente, plantea el problema filosófico de hasta qué punto «la falsificación de la eterna juventud suena cada vez más falsa a medida que pasa el tiempo» (p. 17).

Bruckner utiliza la expresión «el veranillo de la vida» para hablar del período de la vida que, aproximadamente a partir de los 50 años, abre un paréntesis de apertura en una vida que ha superado ya las fases más impulsivas pero ahora, gracias a la vivencia del tiempo, en virtud de la propia vivencia del vivir, entra en una edad de renovación del apetito de sí misma. Esta suerte de paréntesis vital o de «indulto» es visto por Bruckner como «a la vez excitante y aterrador» (p. 27). El tiempo del sujeto *senior* sería al mismo tiempo un momento de cumplimiento y de inauguración, de colapso y de gracia, una nueva adolescencia inesperada e imprevisible, sostenida por los avances de la medicina y las mejores condiciones de vida para al menos la población de clase media en los países más avanzados económicamente. Del mismo modo, la edad que se reabre en torno a los 50-60 años se convierte también en un espacio apetecible para el mercado de consumo, la ingeniería biológica y las más triviales ensoñaciones de remodelación de la experien-

cia (que Bruckner califica crudamente de «esperanzas tontas», p. 33).

La vejez es vista así desde la perspectiva de un terreno fértil para la lentitud, la calma, la alegría y la ilusión. Bruckner se arriesga a defender que «el secreto de una vejez feliz» radica justo «en cultivar todas tus pasiones, todas las capacidades hasta bien avanzada la vida, en no abandonar nunca ningún placer ni ninguna curiosidad, en lanzarse a retos imposibles, en continuar hasta el último día amando, trabajando, viajando, y permanecer abierto al mundo y a los demás» (p. 38). Esta nueva alegría de este revivir en la vejez se sostendría, en fin, en la exigencia de «no interiorizar nunca la derrota» (p. 38) que presuntamente se desprende de envejecer. El humor y la ironía se convierten de esta forma en aliados irrenunciables para afrontar el reto de la *edad tardía*, puesto que, como se recuerda en las palabras del guitarrista rock de los Rolling Stones, Keith Richards: «Me apasiona el final de mi vida. No me siento viejo en absoluto, excepto cuando me afeitó y me veo en el espejo». La *jubilación*, por ejemplo, se presenta entonces como una ocasión de *júbilo*, de celebración compartida. Y la dinámica incesante del deseo se reivindica como un recurso que, si no inagotable, sí desde luego está al alcance como fuente de reinicio y de relanzamiento de la vida hacia un futuro quizá incompresible, quizá inexplicable, pero futuro o, como mínimo, presente al fin y al cabo. Se vive así en un vilo imprevisto de libertad y de creatividad, y eso a pesar de los cantos de sirena de los festejos masivos a propósito de una juventud que cada vez encubre menos su discurso dictatorial.

En tono elegante y vitalista Bruckner asegura que «la vida es una incertidumbre que perdura y que, mientras dure, nos garantiza que estamos vivos» (p. 47). Esta incertidumbre o precariedad redescubierta del vivir desafía la ingenua eternidad del discurso mantenido por (lo que en algunos momentos del siglo XX se llamaría) *la sociedad oficial*: la cháchara de la publicidad, la moda y las tendencias de consumo, los ídolos de masa y un *sentido común* que congela la juventud, paradójicamente, como un instante inalterable y esencialmente incuestionable de una vida sin límites. Esta operación estética que pro-

mete la *juventud eterna*, de hecho, activaría en la práctica una intervención semántica, ideológica y psicológica en los discursos y las conductas sociales que implícitamente niega la mortalidad de un modo autoritario y hasta opresivo. No en vano, ya V. Klemperer detectó en su momento cómo el adjetivo eterno era precisamente uno de los preferidos por el lenguaje fascista. Y fue P. P. Pasolini quien anotó en más de una ocasión el *juvenilismo* como uno de los pivotes fundamentales del *nuevo fascismo* consumista, hedonista y mediático que estaba en alza ya en torno a 1970.

Sin embargo, en el plano de la crítica política que se pone aquí al alcance de la vista y de la mano, Bruckner se inclina más bien hacia una desconfianza tamizada e intermitente hacia los pulsos de movilización social contemporáneos, desde mayo del 68 hasta los *chalecos amarillos* pasando por el anarquismo y otras posiciones de crítica libertaria que podrían reforzar la necesidad de ampliar los márgenes del querer-vivir aportando un cuestionamiento de los límites establecidos por el sistema institucional y moral dominante. Desde el espíritu inconformista del 68, sin ir más lejos, R. Vaneigem defendía polémicamente en su *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones* (original de 1967) que quienes hablan de revolución, crítica y cambio social sin referirse a la vida cotidiana tienen un cadáver en la boca. En una imaginaria discusión tensa pero quizá acogedora, Vaneigem señalaría a Bruckner que es tener un cadáver en la boca hablar de la vida cotidiana, de la longevidad y el reabrirse de las edades, sin referirse a las posibilidades y los límites del cambio social y político. Lo que posiblemente pondría de acuerdo a ambos pensadores del presente sería su mutua convicción en ver la celebración como (en términos de Vaneigem) un «juego total», por no decir, por qué no, totalitario.

El enfoque de Bruckner, en suma, explora las fisuras de la edad para recuperar la potencia libertaria y creativa del deseo en la vejez entendida como momento comprensivo, incluyente e insurgente: allí donde ya nadie diría que hubiera apenas nada que rescatar salvo una inercia penosa es necesario cuidar las raíces de un vivir que se renueva a sí mismo. La lógica realista es des-

plazada entonces, de esta forma, por una apuesta por el desconcierto desprendido tras la infancia, por la espontaneidad y la apertura a lo(s) otro(s), incluso por la reivindicación de las roturas como líneas de un rumbo de colores desconocidos, como marcas de una fragilidad que se autoafirma a la intemperie a la manera del arte *kintsugi*. Bruckner defiende un diálogo entre vida y muerte que es solo viable en las edades tratadas respectivamente por la saturación ciega y sorda de *lo joven*. Frente a esta saturación redundante, totalizante, el ensayo de Bruckner es una invitación a abrirnos a un vacío que despeje el espacio, que deje ver y oír, que nos ayude a escuchar más y mejor.

Una afirmación medular en *Un instante eterno* podría ser la siguiente: «Si la vida ha sido comparada a menudo con una escalera, nos damos cuenta, al subir, de que los últimos peldaños no se apoyan en ninguna pared, sino que descansan en el vacío» (p. 90). Este valor (también en tanto valentía) de mirar el vacío se orienta a hacer del vacío un núcleo de energía tanto en el vivir como en el

con-vivir. Bruckner da una y otra vez la impresión de que el vaciado de expectativas, de significados, de presunciones... libera un ritmo de vida más ágil, mutante e inventivo. El pulso de vivir es entendido así como una exploración de dimensiones constitutivas, ascéticas y físicas o eróticas al mismo tiempo, justamente debido a su condición imperceptible, cuántica, subatómica. Decir como dice Pascal Bruckner que «estas alteraciones microscópicas requieren otra escucha» (p. 68) implica una emergencia del vacío que va unida a una posición de cuidado, o de amor, o de atención. Esta (inter)posición de escucha se cruza con la afirmación recogida nada menos que aproximadamente en el siglo IV antes de nuestra era, entreverada en los escritos conocidos como *Zhuang Zi*. Allí todavía leemos, oímos, tenemos en cuenta que la fuerza del oído ayudará a que el mundo sufra menos que hasta ahora.

Antonio Méndez Rubio
Universitat de València